

LUCIO TANTURI, DIPUTADO

Llegar iba a ser difícil. Por no decir duro, incómodo, pesado, terrible.

Se acomodó dentro del traje y se miró al espejo. Y se habló, pausado.

- Lucio Tanturi, ese soy yo ¿entendés? Lucio Tanturi, diputado provincial por la provincia de Tucumán. Me rectifico, diputado por la castigada y pobre provincia de Tucumán. Y tengo cincuenta y dos años y por fin llegué, por peronista y militante, por empujador, por pobre y trancero. Ese soy yo y no debo olvidarlo.

Se acomodó el pelo, abundante y negro, mientras sentía las gotas de sudor correr por su espalda.

Escuchó el llanto de la mujer en la pieza contigua. Lloraba desde la madrugada, desde el momento mismo en que comenzaron a hacer el amor. Como una letanía el llanto siguió el ritmo y los espasmos de placer, y el cigarrillo del después, apoyados sobre las almohadas mullidas.

¿Qué pasa Mirta? preguntó brutalmente, para agregar ¡Acabala! ¿querés? ¿Se puede saber por qué puta llorás?

Te van a matar, Lucio, te van a matar rápido ¿y qué voy a hacer yo con los chicos, con mi madre y la tuya, conmigo? por qué me hacés esto, por qué tenés que hablar de lo que no se debe Lucio, por qué concha tenés que hablar, digo yo, por qué no te podés callar como todos, qué carajo querés demostrar, me querés decir...

Paloma mía, mujercita histérica, le dijo acariciándole el pelo, ¿por qué?, ya te lo dije y hasta yo me cansé. Voy a denunciar la corrupción de la que yo mismo soy partícipe porque se me canta, porque es un gesto heroico, y me encanta ser héroe y peronista, y a los peronistas nos gustan estos giros grandilocuentes. Porque alguien lo tiene que hacer, porque me da asco la corrupción. Porque me metí en la trata hasta que me asqueó pero sabiendo que quería llegar al tuétano para develarla, para exponerla, para señalar. Y además porque, Mirta querida, si no me matan, si ésta sale bien, tenés diputado para rato, y ni vos ni tu vieja ni mis hijos van tener que trabajar, además de ser, como te dije, de acá y hasta mis cien años porque pienso vivir mucho, un héroe. Nada más Mirtita linda, nada más y nada menos. Ahora vestite y ponete bonita, porque hoy negra, es mi día y no voy a permitir que nadie, pero nadie, me lo enturbie, ¿entendiste? ¡Nadie!

Había ido subiendo el tono de voz, que terminó con un grito ronco y amenazante. Mirta entró al baño y empezó a ducharse, llorando pensaba como deshinchar los ojos. Con unas compresas de hielo, pensó, y empezó a tranquilizarse. Era una morocha grandota y elegante, picuda y sensual, entradora, avanzada. Y sabía que por eso había enamorado a Lucio.

Pero ahora esto, este empecinamiento en denunciar la cadena de trata de mujeres en Tucumán, La Rioja y Santiago, se le había instalado en la sesera y ella, francamente no lo entendía, no podía. Porque sabía que al hacerlo caería él mismo, por cómplice de esta mafia, callando permisos de bares por los que había sido sobornado, conociendo, por usarlos, los burdeles donde las mujeres, esclavas, eran llevadas y usadas como mercadería de carne sexual. Ahí, en esos lugares donde corría la droga y el juego, familias enteras trabajaban de esto, y Lucio los conocía a todos y cada uno. Allí él hacía sus reuniones políticas, celebraba sus cumpleaños, llevaba a los compañeros que bajaban de Buenos Aires

para que disfrutaran de las fiestas. O sea, era su casa y la iba a denunciar ¿¿Cómo, por qué?? La respuesta la tenía.

Lucio decía que los peronistas se ensuciaban las manos, era una de sus frases preferidas... la otra era "como decía el General", y ponía en boca del Pocho frases que éste nunca había dicho, aunque las decía con tanta convicción que la gente del barrio, esos que venían a pedir puestos ahora que asumía, esos que llevaban banderas y pancartas, creían completamente.

Lucio decía y decía, jamás se quedaba callado, y tenía la fuerza y la convicción de un trabajador de la política. Jamás había trabajado en otra cosa que no fuera ser político. Tenía un pasado desconocido u olvidado de canillita en el barrio bajo de Tucumán, un pasado que él ensalzaba y proclamaba. Un pasado humilde y peronista. Pero ya pocos los recordaban, ni él, que a veces cambiaba los orígenes de uno a otro barrio, de unos a otros clientes.

Pero así, de canillita, empezó a trabajar para el gremio, y poco a poco, a tener presencia, palabra, discurso, ropa acorde, contactos. De a poco se hizo imprescindible y su notable inteligencia lo fue posicionando.

Nunca terminó la secundaria, y acá me ven, pensó mientras se arreglaba una vez más el cabello ante el espejo. Acá me ven, bien machito y peronista, a punto de asumir a diputado de la castigada provincia Tucumana ¡¡Qué Palito Ortega ni qué niño muerto!! ¡¡Yo, Lucio Tanturi, hoy asumo como diputado y voy a armar un revuelo de la concha de sus madres!!!

- ¡Negra, apurate! -gritó en la puerta del baño mientras golpeaba con los nudillos.
- ¡¡Voy, hincha pelotas, ya voy!! ¡¡sí falta como dos horas todavía!!
- Pero escuchame negra floja ¿vos querés que me maten hoy mismo? ¡¡tenemos que llegar antes que la hinchada che, tenemos más changüí!! Y se largó a reír.

Juntos se fueron a la cocina a tomar unos amargos; después vino un ladero a pedir las llaves y a decirle que ya habían ingresado al recinto algunos diputados que iban a jurar; que la barrabrava del Román estaba acomodada, que era necesario que salieran.

Cuando subió al auto sintió que el aire tucumano era todo suyo, que las palmeras de la plaza se movían para él, que el agua de la fuente cantaba su zamba preferida, que la gente lo amaba.

Bajaron del auto entre periodistas que se le abalanzaban, tacuaras de banderas revoleadas en alto y la marcha peronista sonando en los altavoces. Se mareó y tomó aire.

Agarró a Mirta de la mano y la fue llevando despacio para el lado del recinto.

De pronto una voz estridente se sintió en la calle:

¡¡¡Tanturi traidor y corrupto!!! ¡¡¡Tanturi esclavista de mujeres!!! ¡¡¡Tanturi hijo de remil putas!!!

Vio a la mujer venir por el centro de la plaza. La vio con el arma en la mano, la vio y no pudo detenerla, no atinó a nada.

Mirta se cruzó y él sintió por última vez la tibieza de su cuerpo, el roce de su caída contra el sexo.

Ella pensó que fue una suerte haber elegido el vestido blanco, que con la mancha roja de sangre, quedaría bonita.

El tiro se sintió como un cañón, y su cuerpo cobrizo fue cayendo en cámara lenta, una y mil veces ante la mirada de todos.

Antes de cerrar los ojos, con un gesto ella le pidió que acercara su oído.

Él se agachó mientras escuchaba que le decía en un hilo de voz: por leal, peronista y pelotudo.

Y cerró los ojos.